

más, en absoluta, nosotros, los republicanos, nos atenemos a la doctrina y conducta de aquel republicano ejemplar que fue Simón Bolívar, cuando escribía: «Yo nunca me degradaré hasta el trono», porque acercarse a un trono, sea para sentarse sobre él, como Iturbe, sea para inclinarse ante un rey espúreo como Fernando VII, no era ascender, sino degradarse. Y glosando las palabras de don Emilio Castelar, la voz mas elocuente que ha tenido la democracia en lengua española, nosotros, los republicanos, repetimos: «Jamás servir a la monarquía, aunque ahora se muestre en concordia con

la democracia; porque, si la monarquía no nos excluye de su seno, nos excluyen la Historia, el honor y el patriotismo».

España recogerá un día el fruto de sus muchos dolores y sacrificios. Nosotros, los republicanos, sabemos que aquel día el pueblo comprenderá que renunciando al terror, a la venganza, a la violencia, y aceptando la convivencia justa y pacífica de la democracia libre, es como los hombres alcanzan el más bello y digno de los ideales políticos: la República.

Publicado en *POLITICA*,
Marzo-Abril 1978.



Reproducido por la Asociación
LEALTAD A LA REPUBLICA.



Si quiere Ud. que haya una tribuna verdaderamente libre donde hable a España la voz de la República, suscribese a *POLITICA*.

Fundadores: Manuel AZAÑA y Marcelino DOMINGO (1935)

NOTA DE ADMINISTRACION

Teniendo en cuenta que *POLITICA* no aparece en fecha fija, la suscripción se cuenta por números:

Precio del ejemplar	5 F
10 números	50 F
Suscripción en Francia (10 números)	40 F
Suscripción resto de Europa (10 números)	45 F
Países de América y otros continentes con franqueo aéreo (10 números)	60 F

ESPAÑA: precios convencionales, enviando el importe en la forma más factible.

Los giros a REMIS Antonio, 16, rue Visconti, 75006 Paris.
C.C.P. 5 905 67 PARIS

NOSOTROS LOS REPUBLICANOS

A Don Régulo Martínez, decano de los republicanos perseguidos en España.

Con respeto, admiración y cariño.

Fernando Valera.

Me pide POLITICA unas cuartillas para el próximo número que será a la vez conmemorativo de la Primera República, la Gloriosa de 11 de febrero de 1873, y evocación de la Segunda República, la Heroica, implantada también pacíficamente por la soberanía nacional el 14 de abril de 1931. Me ha parecido oportuno a tal efecto glosar una página que se publicó en diciembre de 1936 en el diario republicano de Valencia «El Pueblo», fundado por Vicente Blasco Ibáñez. En plena guerra y revolución de España, estas páginas exaltaban los valores permanentes del ideal republicano, los únicos que darán a España una larga era de paz, libertad, justicia y progreso.



Nunca he sentido tan firmes, tan arraigados, tan encendidos como ahora mis ideales republicanos. La República es el más avanzado y noble de los regímenes políticos; y al decir políticos, empleo la palabra en su legítimo significado: política, arte de vivir en ciudad, es decir, en una sociedad de hombres libres, regidos por leyes justas, en contraposición a la horda, al clan, a la tribu, al reino y a las demás formas de sociedad regidas por déspotas.

Ya sé yo que muchas gentes aborrecen la política, unas veces porque son bárbaros, incapaces de convivir libremente; otras, porque llaman política al arte de embaucar los charlatanes a las personas sencillas e ingenuas. Pero aquí hablamos de la verdadera política, de la que tiene por fundamento la li-

bertad; por norma, la justicia; por instrumento, la ley, y por resultado, la paz. ¿Hay nada más bello que renunciar los hombres al terror, a la venganza, a la violencia para convivir pacífica, justa y confiadamente en la ciudad?

Claro es que la política republicana requiere un pueblo cordial e ilustrado y una sociedad equitativa, en donde ni la desmedida opulencia suelte el freno a la ambición del rico, ni la excesiva miseria dé pábulo al rencor del pobre. Para lograr esa dignificación del pueblo y esa equidad social, tal vez puedan soportarse y explicarse transitoriamente regímenes menos perfectos en los que el gobernante opere sobre la sociedad como el cirujano sobre el paciente; mas el ideal es la salud del pueblo libre, es decir, la República.

Ahora está de moda situarse más allá. Muchos que estuvieron siempre más acá, suelen poco menos que ostentar cierta conmiseración, cuando no aborrecimiento, hacia los republicanos. ¿Qué han hecho los republicanos? Tanto hicieron que ellos han podido dar de lado a sus rancias costumbres clericales y burguesas, a las que habrían seguido mansamente apegados si la República no les hubiera sacudido la conciencia.

Nosotros, los republicanos, fuimos durante medio siglo de restauración monárquica una llama viva de rebeldía ciudadana. Una llamita pequeña quizás, pero la única brillante y fija que alumbraba en España. A raíz de la restauración canovis-

ta que suplantó a la Primera República cuando la sociedad española parecía resignada a soportar para siempre la siniestra trilogía en que se apoyaba: caciquismo, clericalismo y militarismo; nosotros, los republicanos, practicábamos el libre pensamiento, combatíamos el fanatismo religioso, respetábamos la formación del alma de nuestros hijos, fundábamos escuelas laicas, proclamábamos los derechos del hombre, defendíamos la justicia social, y pasábamos en todas partes por bichos raros a causa de nuestra altiva independencia espiritual y ciudadana.

Acaecieron las grandes catástrofes de 1898, en que se hundían los últimos vestigios del imperio de España. Mientras el pueblo, sus pastores y sus perros se embarcaban confiadamente en la empresa de las guerras coloniales, para imponer por majeza a los isleños nuestra tontuna peninsular, éramos los republicanos quienes pedíamos por boca de Pi y Margall la autonomía de las islas, como lazo de libertad que las hubiera mantenido unidas a la patria española.

Nosotros, los republicanos, fuimos durante el reinado de Alfonso XIII la agitación de cuanto había de conciencia viva en el país, frente a la francachela palatina, frente al militarismo africano, frente a la invasión frailluna, frente al pretorianismo civil y social, frente a la dictadura, la dictablanda y el constitucionalismo continuista que, ya entonces, en 1930, pretendiera borrar la complicidad del rey en los desastres de Annual y Monte Arruit y en la instauración de la dictadura militar de Primo de Rivera.

En tanto que el país aceptaba resignado la dictadura de 1923-30, nosotros, los republicanos, encarnábamos la conspiración, la rebeldía, la dignidad ciudadana, mientras a nuestra izquierda no faltaban eminentes líderes obreros que, a pretexto

de defender los intereses de la clase trabajadora, se insinuaban subrepticamente en las estructuras del régimen dictatorial. Aún recuerdo los pequeños núcleos de la Casa de la Democracia, las peñas del León de Oro y del Ateneo Mercantil de Valencia, donde la reducida familia republicana alentaba, ante la general conmiseración, no exenta de mofa, la gran aspiración de poner un pueblo en pie ante la ruta de sus grandes destinos. Y no quiero hablar de las peregrinaciones que llevaron a las aldeas de Levante inquietudes ciudadanas, ni de los grandes comicios multitudinarios, porque entonces habría de hablar de mí mismo.

Nosotros, los republicanos, en fin, hicimos una democracia. ¿Para qué ha servido? Para despertar a un pueblo. El día 18 de julio de 1936 tuvo lugar la más amplia, audaz, unánime y violenta sublevación militar que conoce la historia. Sin los cinco años de ejercicio de la democracia republicana, el pueblo habría inclinado la cabeza bajo el yugo. Si en la jefatura del Estado hubiese habido un rey, los sublevados habrían llegado ante las escalinatas del trono para recibir la consagración triunfal de su crimen, como había sucedido tantas veces en España.

Y a pesar de su heroísmo, el pueblo habría sucumbido desde el primer día ante la tiranía castrense, como sucumbió en Sevilla, en Zaragoza, en La Coruña y tantas otras ciudades, si el gobierno republicano hubiera vacilado en oponer a los rebeldes las escasas fuerzas leales, asistidas por el pueblo en armas.

Y para someter al pueblo que, como en 1808, defendía la independencia, la dignidad y la soberanía nacionales, fue menester la confabulación de la traición interior con la perfidia extranjera, formando contra la República la más siniestra y descomunal alianza que «vieron

los siglos pasados, ni esperan ver los venideros»: las boinas rojas de los requetés católicos enlazadas con las chilabas de los rifeños musulmanes y con las mochilas de los legionarios ateos y apátridas del Tercio Extranjero; los fascios de Mussolini, las cruces gamadas de Hitler, los dólares de los petroleros americanos, la intervención de los imperios totalitarios y la no intervención de las grandes democracias cobardes y envilecidas...

Nosotros, los republicanos, sabíamos que al armar al pueblo, se iniciaría fatalmente la gran revolución española. Y lo armamos. Nunca nos acobardó la revolución. Quizás nadie tan preparado como los viejos militantes republicanos para sobrellevar alegremente los sacrificios y austeridades que toda revolución impone; de antiguo estamos acostumbrados a vivir en la austeridad y en el sacrificio. Habíamos querido, eso sí, ahorrar a nuestro país la tragedia del tránsito doloroso a la sociedad revolucionaria; habíamos soñado implantarla por vía de paz y alumbrar evolutivamente una era de justicia social, sin dilapidar la riqueza de la nación en una guerra estúpida, cruel e innecesaria. No pudo ser, sin duda porque en la España de 1936 había —y sigue habiendo— pocos republicanos, pocos demócratas, y por eso el intento de implantar la justicia social hubo de comprarse, en vano, al precio de la ruina económica de una generación más la sangre y el dolor que no tienen precio.

**

La República y la revolución fueron vencidas; pero en el corazón del pueblo quedó grabado para siempre el convencimiento de que la República es el más bello de los ideales políticos, y España el país más desgraciado de la tierra. Durante la guerra —que no quisimos— los republicanos cumplieron con su

deber, luchando, sufriendo y muriendo por la libertad, y lo que es más importante todavía, la ferocidad inherente a toda contienda civil, no apagó en sus almas la lámpara de la piedad humana; a lo largo de los tres años de guerra, nosotros, los republicanos, seguimos exigiendo a la sociedad revolucionaria el respeto a la integridad y dignidad del hombre: «El hombre es el pensamiento, la conciencia libre. Ningún bien comparable a la libertad de poder afirmar el propio yo ante Dios y ante el universo. Sin hombres libres, todas las formas sociales son retardatarias, injustas y, además, condenadas a la ruina; porque el hombre libre es la invención, la iniciativa, el progreso».

Por eso durante los tres años de guerra feroz, y durante los casi cuarenta de silencio implacable, en España o en el destierro, nosotros, los republicanos, seguimos proclamando el respeto al hombre y el culto de la libertad; propugnando el ideal de justicia, por encima de los intereses de clase, organización o partido; defendiendo los fueros de la persona humana; enseñando que sin piedad, sin amor, sin tolerancia y sin ternura, toda revolución está condenada a hundirse en el pudriero infecundo del crimen —social o estatal—, padre de la tiranía.

A la izquierda de los republicanos no hay ni puede haber nada. Ninguna aspiración revolucionaria o progresista pasará de ser utopía infecunda, si no se apoya en las cuatro columnas fundamentales del estado republicano: el hombre libre, la nación independiente, la sociedad justa y el pueblo soberano.

Y en cuanto al intento de instaurar, sin el consentimiento previo de la soberanía nacional, una monarquía que por razón de su nacimiento se ha de convertir necesariamente, una vez